

El llamado

Carmen Beera Medina Leal

Me cala el sol en la cara, me quema, pero no tengo ánimos para levantarme. Estoy como clavado a la banca de cemento enfrente de la parroquia. Aquí pudiera acabarme la botella. Ya quiero que todo termine, necesito actuar. Para qué seguir, no tengo nada, Flor Jacinta se quedó con todo, pero es porque yo se lo quise dar, no me quitó nada, más que las ganas de vivir.

Conozco como la palma de mi mano esta iglesia, la sacristía y sus puertas secretas, los recovecos, los escondites de la huerta, en fin, aquí hacía mis diabluras cuando fui monaguillo. Mi jefita habló con el sacerdote, aunque era chaparrito, mi edad sobrepasaba la de un niño. De volada me aceptó.

Ella quería tener una garantía allá arriba, para que mi papá que era un borrachales, se fuera sin tocar baranda hasta el cielo. Mamá creía que al ayudar al párroco en la misa, él viviría menos en el pecado y evitaría el infierno. Quien lo evitó fue ella porque a los pocos meses el jefito murió de una cruda y como que empezó a recobrar su alegría.

Ni sentí su ausencia, los preparativos del oficio diario y el lugar donde me mantenía ocupado me tenían en un mundo sin preocupaciones.

Alistaba el vino para consagrar. De traguito en traguito me fue gustando. Una mitad era para mí, la guardaba en otra anforita que a escondidas me iba tomando hasta acabar el trabajo. la otra la rellenaba con agua. Claro que la dosis que el curita se ejecutaba en la misa no le hacía ni cosquillas y al entrar a la sacristía se iba derecho al estante y se tomaba el líquido rebajado de sopetón, de tal modo que al otro día era una nueva botella a la que yo le hacía lo mismo.

Lo que más me gustaba eran las bodas y bautizos, se juntaba mucha limosna. En mis bolsillos siempre traía un bonche de monedas de un peso y tostones que antes de dejar los sacos de lo recaudado los cambiaba por billetes de veinte pesos. Después estos por de cien, doscientos y por último me animé a quedarme con los de quinientos. Me gustó traer siempre dinero en el bolsillo. Ahí hubiera seguido pero el padrecito me pescó con las manos en la masa.

Entré a trabajar en la pizca, en el campo, pero no me duraba nada el dinero, ahora era yo quien compraba mis botellas de aguardiente, todo me lo gastaba en bebidas.

Cómo recuerdo las carreras que pegábamos al campanario, a ver quién ganaba el lazo para dar la esquila y de pasada dejar que nos jalara el cordón y pasearnos como en una tranca palanca.

Nunca llegué primero hasta arriba porque me mareaban las alturas. Fueron mis compañeros los que siempre hacían sonar las campanas. Si ahora estoy subiendo como si nada, es porque no podía haber mejor lugar para acabar de una vez por todas con esta congoja. Ya verá la Jacinta cuando me vea tirado en el piso, entonces se va arrepentir de haberme puesto los cuernos.

Cómo rechinan las escaleras, si ya en los tiempos en que era monaguillo la madera estaba carcomida, ahora truena en cada pisada.

¡Ay! mujer, por tu culpa, me voy a matar ¡para que se te quite! cómo quisiera quedarme un poquito vivo para verte llorar, entonces el crujir de dientes saldrá de tu boca y no de estas tablas podridas que al subir cada peldaño me taladran los oídos.

¡Flor Jacinta, todo lo que hice fue por ti! Cuando me encontré la bolsa de la raya atrás del asiento de la troca del patrón. No me importó que los demás se quedaran sin su pago. De volada pensé en todos los vestidos que te compraría y lo cumplí. ¡Ah! cómo me quisiste esa vez, yo era tu rey. Con harto oro. Era cuando más me querías. Todas las demás veces ¡cómo te gocé! compramos lo que quisiste en la feria.

Ahora, quería que volviéramos a pasear, pero esta vez me descubrió el compadre. Él vio cuando me embolsaba el paquete de la raya, allá en los magueyales, entonces me escabullí. Jadeante llegué a conseguir alcohol. Pero lo mejor será cuando todos te señalen por mi muerte, sabrán que por tu culpa me maté. ¡No! tú, tú me mataste.

¡Ay! por poco me caigo, estas escaleras no tienen fin, están podridas ya mero llego a las campanas, haré el llamado a misa, luego subiré hasta lo más alto y ahí acabará todo.

¿Qué? se me agujeró la botella, si acaso quedan dos tragos más. Así me conociste forrado en plata. Como no te voy a querer si dejaste a aquel hombre por mí, pero nomás me faltaban clacos, te hacías la rejega. Cásate conmigo, te dije. Yo soy mostrenca, dijiste y te morías de la risa.

Ya verás cuando te falte, nadie te dará lo que yo. Llorarás mi ausencia.

Está muy alto ese escalón, ¡Ayy! me caigo, no lo alcanzo, ¡auxilio! Se me resbalan las manos, no aguantaré aquí por mucho tiempo, me falta un pelito para agarrar el lazo, si me suelto para pescar el cordón de la campana, no resistiré mi peso y caeré. Se ve profundo para abajo. Por qué llegué tan arriba, si siempre le he temido a las alturas. Alguien que me escuche. No quiero morir tan joven. Auxilio, socorro ¡Nooo!